

PINOCHO

AÑO. IV
NUM. 192

25 cts

21 OCTUBRE
1928



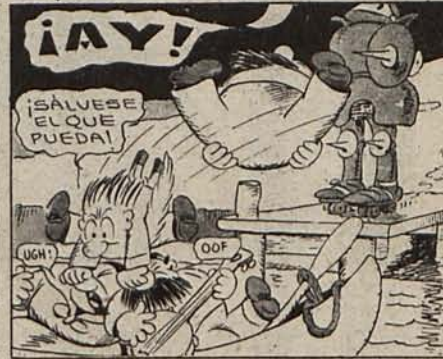
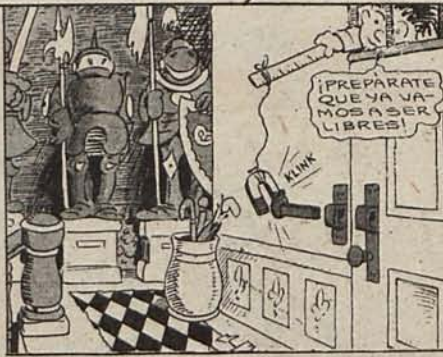
- Y PENSAR QUE POR UNA SOLA PALABRA NO SOY EL DUEÑO DE UN AUTO!
- ¿Y COMO ES ESO?
- PORQUE AYER LE DIJE A UN AMIGO: ¿ME REGALASTU AUTO? Y ME CONTESTÓ
"NO". SI ME LLEGA A DECIR "SI", EL AUTO ERA MIO.

PINOCHO

SEMANARIO INFANTIL QUE PUBLICA LOS DOMINGOS LA EDITORIAL «SATURNINO CALLEJA» S.A.-ADMINISTRACION, CIERRE Y TALLERES: S. SEBASTIAN.-ADMINISTRACION, CORRESPONDENCIA Y SUSCRIPCIONES: MADRID, CALLE DE VALENCIA 28, APARTADO 447.- SUSCRIPCION: ESPAÑA Y AMERICA, AÑO 13 PTS. OTROS PAISES AÑO 23 PTS.



La Tormenta y el Ciclón o Hazañas de Tin y Tón





EL AVION NEGRO

NOVELA

Por ALBERTO ORS

(Continuación.)

Godunov y sus compañeros no daban crédito a lo que acababan de oír.

—¿Quién pensará —exclamó el oficial—

que este sabio tuviera en tan poco aprecio su cabeza? ¡Bah! Después de todo es cosa que a él solo le importa. ¡Amigos míos, echad abajo esa puerta!

Y saltando de la silla se lanzó con sus hombres sobre la puerta que, como no era muy fuerte, no tardó en saltar en pedazos. El pelotón de invasores irrumpió en la casa de campo después de haber puesto centinelas que guardaran la entrada. El profesor, de pie en el rellano de la escalera, esperaba tranquilo su llegada.

—Ya que han entrado ustedes a la fuerza en mi casa —interrogó el profesor con sonrisa irónica—, ¿puedo saber a qué debo el honor de su violencia?

—¡Prended a ese hombre! —dijo por toda respuesta Godunov dirigiéndose a sus esbirros.

El profesor tendió sus brazos a los inicuos esbirros, los cuales se los ataron por las muñecas, diciéndoles con infinita amargura.

—¡Pobres víctimas de vosotros mismos y de vuestra ciega ignorancia! ¿Sabéis en dónde estará mi alma mientras que enterráis mi cuerpo?

—¡No soy el diablo, y, por tanto, no sé qué hacer de tu alma; pero sé que das aquí asilo a malhechores y que me los vas a entregar!

El sabio no respondió.

Pensaba que, dejando al oficial en esta creencia, daría a los fugitivos más tiempo para ponerse en salvo.

—¡Habla! —rugió Godunov sin atreverse por una inexplicable resistencia intuitiva a ponerle al profesor la mano encima—. ¿En dónde los has escondido?

—¡Búscalos! —respondió sencillamente el hombre de ciencia.

Godunov no necesitaba que le hicieran esta invitación, y lanzóse adentro registrándolo todo minuciosamente; penetró en el laboratorio, poniendo todas las cosas de arriba abajo sin el menor respeto a los delicados mecanismos y preciosos aparatos, y, por fin, echando por la boca espumarajos de rabia a causa de la desilusión sufrida, llegó delante de la puerta sobre la cual estaba escrita la inscripción «Apocalipsis».

—¿Cómo se abre esta puerta? —gritó Godunov buscando en vano un picaporte o una cerradura.

—Ahí dentro no hay nadie —respondió el profesor, el cual había asistido tranquilo y sereno al destrozo de sus más apreciados instrumentos; pero que temblaba al pensar que un brutal profano pudiera entrar en el templo de sus secretos y terribles estudios...

—¿Cómo se abre esta puerta? —tornó a preguntar

Godunov, dando en su cólera una fuerte patada en el suelo.

—Excepto yo, nadie en el mundo puede abrirla —dijo el biólogo con mucha calma.

La puerta era de acero, semejante a la de las cajas de caudales, y no podía ser derribada más que con una fuerza enorme y después de cierto tiempo.

—¡Abre esa puerta! —exclamó Godunov con acento amenazador y rechinando los dientes como una fiera.

—Si la voz de un hombre honrado puede ser escuchada por un bribón como tú, yo te aseguro que ahí dentro no hay ninguno de los que tú buscas, y que podrías muy bien arrepentirte de violar ese lugar!

—¡Animo! ¡Echad abajo esa puerta! —les ordenó Godunov a los soldados.

El profesor estremeciéndose. Cediendo él, tal vez pudiera disminuir el daño producido por la violencia.

—Yo abriré —dijo.

—Soltadle las manos —ordenó Godunov.

El sabio, en cuanto tuvo las manos libres, tocó uno de los innumerables adornos esculpidos en el acero de la puerta y ésta desapareció, deslizándose dentro de una pared.

Godunov atravesó el umbral rápidamente, resuelto a descubrir a aquellos a quienes perseguía sin darse cuenta alguna de aquel admirable lugar que él atravesaba con tanta inconsciencia.

El profesor seguía al oficial, el cual no había dejado entrar a sus acompañantes. Quería ser el primero en ponerles las manos encima a aquellos tres infelices, en ver su expresión de terror; pero no veía en torno suyo más que aparatos eléctricos, extraños balones de cristal de las más inverosímiles formas y la colección que ya conocen nuestros lectores de los órganos humanos más vitales, especialmente de encéfalos, de medulas espinales, de nervios blancos y mórvidos, como si hubieran sido preparados en aquel momento por la mano experta de un sabio anatómico. Y, sin embargo, no flotaba en el ambiente ninguna mala exhalación ni se veían cadáveres descompuestos, ni había ninguna huella de ese olor indefinible, pero nauseabundo, que aleja a los circunstantes de las salas de disección... Godunov, mientras que buscaba afanosamente entre los instrumentos de uso desconocido que abundaban en aquel sitio, vió a su alrededor, sobre las paredes, extrañas inscripciones en un idioma desconocido, escritas con rarísimos caracteres, y complejos instrumentos de tortura, dispuestos de manera de impedir a los pacientes toda posibilidad de rebelión, así como el menor movimiento y el más leve gemido. El mismo Godunov hizo un gesto instintivo de espanto ante cierta máscara de cobre, cuya perfecta disposición impedía a una persona toda posibilidad de que se oyera su voz.

—Este sabio debe de ser un monstruo de crueldad —pensó el oficial al descubrir unos instrumentos de tortura tan pequeños, que únicamente podían ser destinados para niños.

Mientras que Godunov, verde de rabia por el resultado negativo de sus pesquisas, pensaba lo que el profesor podría hacer de todo aquel arsenal de objetos incomprensibles, vió delante de sí una gran pantalla de lienzo blanco. A pocos pasos de dicha pantalla, cerca de él y sobre un pedestal, había un cráneo humano. Godunov inclinóse para mirarlo, pero dió un rápido paso hacia atrás con los ojos extraviados.

No era la vista del cráneo lo que había causado tan gran conmoción a un hombre como Godunov. Era que aquel cráneo poseía tal particularidad, que hacía estremecerse a las fibras más acorazadas contra el miedo.

El cráneo estaba de cara a la pantalla, y parecía mirar a Godunov no con las cuencas de los ojos vacíos, sino con dos ojos verdaderos, auténticos, humanos, dos ojos horribles, a los que la falta de tegumentos y de párpados hacía aparecer enormes. Godunov, maravillado de ver un cráneo con ojos, habíase inclinado para observarlo, creyendo que eran dos ojos de cristal, aplicados muy ingeniosamente. Pero en aquel momento los ojos, mostrándose en toda su terrible verdad, habían apartado su mirada de la pantalla, volviéndose hacia Godunov, girando lentamente las blancas córneas como si quisieran salirse de las órbitas.

Godunov, temblando de terror, quiso hablar, pero la lengua pegósele a las fauces; dobláronse sus rodillas; fascinado por la tranquila mirada del cráneo, una mirada sin ninguna expresión terrible ni feroz, pero de una potencia nueva e indescriptible, que era un conjunto de calma despiadada y cruel y de espantosa e invencible fijeza. A Godunov le pareció que toda la fuerza encerrada en aquella mirada penetraba en su corazón y en su cerebro envolviéndolo todo y aniquilando su voluntad. No podía apartar su mirada de la del cráneo ni pronunciar una palabra, sintiendo doblarse sus rodillas cada vez más, y ya fuese ilusión de sus sentidos o realidad, él creyó ver que las blancas y desdentadas quijadas contraíanse en una sonrisa burlesca... Todo cuanto le rodeaba desapareció en una neblina rojiza, sanguinolenta; sólo los húmedos, tranquilos y enormes ojos del cráneo, continuaban mirándolo con fijeza insolente y una grande y fatal languidez, semejante a la de algunos pantanos verdes, profundos, implacables en su terrible tranquilidad...

Y Godunov, creyendo realmente que un profundo e inevitable pantano, lleno de amenazas oscuras y misteriosas iba a tragárselo, oyó un zumbido vago e indeterminado, vió la sanguinolenta neblina que lo rodeaba surcada por relámpagos verdosos y azulados, semejantes a fuegos fatuos, tuvo la sensación de ser sumergido en un baño de aceite que le entorpecía los sentidos, y en un movimiento de rebeldía quiso pegar un salto, lanzarse sobre el cráneo, sustraerse a la fascinación que lo dominaba; pero al intentarlo cayó inerte al suelo, en tanto que el biólogo con los brazos cruzados sobre el pecho contemplábase sonriendo con una sonrisa inexplicable...

XIV

En Samarcanda.

Shasky, Wassili y las dos jóvenes habían recorrido en pocos minutos muchos kilómetros, y ya la casa de

campo quedaba muy lejos a sus espaldas. Ellos mismos ignoraban en dónde debían detenerse; dirigirse hacia San Petersburgo habría sido una locura. Su lugar de reunión debía de haber sido ya descubierto, y el encaminarse allí habría sido ir a meterse en la boca del lobo. Así es que los cuatro fugitivos continuaban galopando sin dirección fija, con el único propósito de retardar lo más posible el caer en poder del infame perseguidor y de sus esbirros. Ya habían atravesado con creces los más lejanos y desiertos suburbios de San Petersburgo, y estaban ya en el campo, en la pantanosa estepa, tan parecida a la estepa Kirgisa y ahora cubierta de hielo y de nieve.

Los caballos, jadeantes, echando espuma por la boca, con los ojos inyectados en sangre y la grupa humeante, necesitaban descanso, pues estaban rendidos y agotados por la vertiginosa carrera.

Mientras que los fugitivos cambiaban pocas y breves palabras acerca de lo que debían de hacer, descubrieron a poca distancia de ellos una masa grande y oscura que se destacaba sobre la nieve.

—¡Alabado sea Dios! —susurró Nadia—. ¡Tal vez sea eso un refugio!

Los dos hombres movieron la cabeza.

—Nuestras huellas sobre la nieve son demasiado visibles —dijo Shasky—; nos cogerán en seguida en la ratonera.

—Eso —añadió Wassili— es una cabaña de zingaros, y los zingaros son malos, avaros y desconfiados; no querrán darnos asilo...

—¡De todos modos —dijo Vera saltando sobre la nieve y explorando con atención el horizonte—, no tenemos donde escoger. Siempre serán mejores los zingaros que Godunov y los suyos!

El horizonte estaba despejado. Sobre la vasta y blanca llanura no se veía el menor rastro de los perseguidores.

—Sin duda —exclamó Wassili acercándose a la choza de madera, cubierta de pieles de oso y herméticamente cerrada— el maestro ha debido de saber entretener a Godunov.

—Es probable; pero... ¿hasta cuando?

—Por ahora, contentémonos con lo que sea —dijo Vera llamando a la puerta de la cabaña— y espéremos encontrar hospitalidad en la taberna... ¿La reconoces, Nadia?

—Sí, la reconozco.

Las dos jóvenes ya habían venido otra vez en una de aquellas partidas de *troika* a las que los rusos son tan aficionados como homenaje a la indomable pasión de todo eslavo por la carrera vertiginosa, sin ningún fin, por la embriaguez del aire libre y glacial de la estepa, devorada por la velocidad.

Muchas veces, mientras entretienen la velada en torno a la mesa de té, sobre la cual burbujea el *samo-var* de plata, alguien propone una partida de *troika* y la proposición es aceptada con entusiasmo. Esta es la diversión favorita de las noches de invierno. Cada uno envuélvese en la pelliza de pies a cabeza; las mujeres rodean el rostro con chales de Oremburgo. En cada *troika* acomódanse dos parejas; el cochero reúne entre sus manos la madeja de riendecitas, dirigiéndose tíeramente a sus animales «¡Adelante, pichoncillos míos!»

(Continuará en el número próximo.)



COLORÍN Y SU PANDILLA





EN EL PAÍS DE LOS ZULUS

CUENTO POR E. SALGAR

(Continuación.)

Ante él, acurrucado sobre una estera y rodeado de algunos guerreros, con azagayas y grandes escudos, estaba un negro, cubierto de un amplio manto de lana roja y tocado de una especie de mitra, adornada con tres plumas de aveztruz, una en el remate y las otras dos a los lados.

Sus piernas, en cambio, estaban desnudas, sin zapatos ni sandalias.

Aquel negro era el rey Chetivayo, y los otros los representantes de los doce batallones que asediaban el fuerte, divididos en negros y blancos.

Los primeros eran los casados, y se les conocía por el color negro de sus escudos y por llevar el pelo muy corto; los otros, los célibes, tenían pintados de blanco los escudos y largos los cabellos.

Pablo, al notar clavados en él los ojos amenazadores y malignos del soberano, no pudo contener un estremecimiento de pavor.

—Aquí va a decidirse mi suerte —pensó, suspirando—. Ya me gané los galones para ir a mandar con ellos al reino de los muertos.

Chetivayo le miró por algunos minutos con cierta curiosidad, y en un inglés destrozado, pero suficientemente inteligible para Carbet, le preguntó.

—¿Eres tú quien ha gritado a la guarnición del fuerte que resista?

—Sí, Majestad —respondió el montañés.

—¿Quién te ha enviado aquí?

—El general Campbell.

—¿Y te has atrevido a meterte entre mis filas? ¿No sabes que no damos cuartel a los prisioneros?

—Sí, lo sabía. Pero soy soldado, y debo obediencia a mi general.

—Si tú ordenases a uno de tus guerreros que fuese al campamento inglés para intentar el salvamento de algún jefe, ¿se negaría?

—¡Oh, no! —exclamó Chetivayo.

—Pues bien; yo he hecho lo mismo que haría uno de los tuyos para contentar a su rey.

El monarca parecía satisfecho de la hábil respuesta del prisionero, y sus labios se cerraron en una sonrisa.

—Eres valiente —dijo— y a mí me agradan las personas que no tiemblan ante la muerte. Pero eres un enemigo y no puedo perdonarte.

—Haz de mí lo que quieras —respondió Carbet, con los dientes encajados.

Chetivayo se volvió a los jefes de los doce batallones y habló con ellos en voz baja durante unos momentos; luego, dirigiéndose al

pobre labrador, que hacía esfuerzos supremos para disimular su angustia, le dijo:

—Podría hacerte atormentar para saber por dónde han de venir los ingleses y cuál será su número; pero como no los temo y estoy seguro de tomar el fortín y vencer a los ingleses que vengan en su auxilio, no te entregaré a mis verdugos.

—Además —añadió— se me ocurre que puedes serme de utilidad para algunos proyectos que yo tengo.





Y sin dar más explicaciones se levantó y salió de la cabaña seguido de los jefes de sus batallones.

Pablo Carbet se había tranquilizado. Por lo menos, de momento conservaba la vida, cuando todos los demás desgraciados que cayeran en manos de aquellos bárbaros y feroces guerreros habían sucumbido a su crueldad.

Al cabo de una hora vió entrar a cuatro negros armados de azagayas, escudos y ciertos cuchillos que ponían con su sola vista carne de gallina.

Soltaron a Carbet y lo empujaron al exterior de la cabaña, donde estaban enjaezados cinco bueyes, que entre los zulús sustituyen a los caballos.

Le montaron en el más gordo, volvieron a atarle las manos detrás de la espalda, y después los cuatro guerreros montaron en los otros.

—¿Adónde me conducís?
—preguntó Pablo a uno de sus guardianes.

—A su tiempo lo sabrás
—respondió un guerrero que hablaba inglés con bastante soltura.

Los bueyes iniciaron un galope, como bestias acostumbradas a la carrera.

Todos los guerreros del campamento acudían a contemplar al prisionero, al que cubrían de injurias y amenazas.

Algunos trataron de acercarse para golpearle con los venablos; sin la escolta, indudablemente no habría llegado muy lejos.

Después de dejar atrás las líneas de guerreros, la escolta se dirigió hacia una elevada montaña que se levantaba a pocas millas del fuerte sitiado y que estaba

toda cubierta de enormes árboles. Mientras subían a través de espesos bosques, Carbet oía de vez en cuando nutridas descargas de fusilería y algún que otro cañonazo.

Chetivayo reanudaba el asalto al fortín, presuroso de tomarlo antes de que los refuerzos llegaran y pusieran en un brete a sus hordas.

Dudoso era que lograra su intento, pues aquellos negros no disponían de medios para desalojar un fuerte.

Hacia la noche, Pablo Carbet y los cuatro guerreros llegaban a la cima de la montaña, donde, al pie del último pico, se abría una caverna, que en tiempos debía de haber servido de sepulcro a los jefes o reyes caíres.

En efecto, apoyadas contra las paredes, Pablo Carbet vió, no sin cierta sensación de terror, numerosas momias en pie, mientras otras estaban acurrucadas dentro de enormes vasijas de barro cocido, sin descubrir más que el apergaminado rostro, horrendamente fruncido.

—Este es el sitio que te servirá de encierro —dijo el jefe de la escolta, empujando dentro de la cue-

va al desgraciado prisionero.

—No es muy alegre —respondió Carbet, tratando de bromear.

—Más tarde reirás —le dijo el negro sonriendo de modo que daba espanto.

Mandó traer a sus soldados algunas brazadas de hojas frescas, que amontonaron en un rincón dentro de una especie de nicho, dió al prisionero una panocha de maíz y un trozo de carne fría, y volvió a salir diciendo:

(Concluirá en el número próximo.)





DE COMO PASAN EL RATO CURRINCHE Y D. TURULATO



LAURA
LA
COTORRA
INDISCRETA

¡UNA LIMOSNITA A UN
POBRE DESGRA-
CIADO!



¡ES USTED UN
VAGO Y NO PIEN-
SO HACERLE
CASO!



¡NO PIENSO
HACERLE
CASO!



¡NO ME HA OÍDO PI-
TAR PARA QUE SE
DETUVIESE!



¡NO PIENSO
HACERLE
CASO!



PACO MORRONGUIS, EL GATO TRAVIESO



© 1955, by King Features Syndicate, Inc. All rights reserved.

PAT SULLIVAN 2-12

11

CUENTOS DE CALLEJA

NO SEAS MENTIROSO

Castillo



N leñador muy pobre tenía una hija de tres años. Una mañana, estando cortando leña, se le presentó una majestuosa dama que le dijo:

—Yo soy la Virtud; si me dejas tu hija, le serviré de madre y velaré por ella.

El leñador sentía separarse de su hijita; pero su madre había muerto y él apenas tenía qué darle de comer. Consintió, pues, y yendo a buscar a su hija se la entregó a la Virtud, que se la llevó a un hermosísimo palacio.

Cuando la niña cumplió diez años, la Virtud le dijo:

—Escucha: tengo que hacer un largo viaje; te entrego las llaves del palacio; con ellas puedes abrir sus puertas, salvo la puerta de oro que se abre con esta llave pequeñita. Esa no la abrirás si no quieres ser muy desgraciada.

La niña prometió obedecer en todo cuanto la Virtud le había mandado. Visitó una por una las habitaciones del palacio: cada día entraba en una, hasta que hubo visto doce. Sólo le faltaba abrir una, la puerta prohibida, y como tenía grandes deseos de saber lo que allí estaba oculto, dijo a los pajes:

—No la abriré del todo; pero creo que no desobedeceré a la Virtud entreabriendo la puerta lo bastante para poder ver por una rendija lo que hay dentro.

—¡Oh, no! —dijeron los pajes—; sería un pecado y no podemos consentir que lo hagas; la Virtud te lo ha prohibido y podría ocurrirte una desgracia.

La joven se calló; pero un día que habían salido los pajes, se dijo la niña:

—Estoy sola y puedo abrir la puerta sin que nadie se entere.

Dicho esto, cogió la llave, la metió en el agujero de la cerradura y la puerta se abrió de repente, apareciendo a su vista una sala llena de una luz tan viva e intensa, que Clara tuvo que cerrar los ojos deslumbrada, a la vez que extendía una mano hacia aquella luz misteriosa, y sintió un tibio calor en un dedo, que se le volvió de color de oro.

Entonces tuvo miedo, y cerrando la puerta presuro-

sa, se alejó con rapidez. Pero su dedo conservaba el color dorado a pesar de las muchas veces que se lo lavó.

Pocos días después regresó la Virtud de su viaje, llamó a la joven y le pidió las llaves del palacio; al entregárselas, la Virtud la miró y le dijo:

—¿Has abierto la puerta prohibida?

—No —contestó la joven.

Entonces la Virtud puso la mano en su corazón, vio que latía con violencia y comprendió que le había desobedecido y abierto la puerta. Entonces repitió:

—¿De veras que no lo has hecho?

—No —contestó la joven por segunda vez.

La Virtud vio entonces el dedo dorado y por tercera vez le dijo:

—¿No has abierto la puerta?

—No —contestó la joven de nuevo.

Entonces dijo la Virtud:

—No me has obedecido y has mentido además; ya no eres digna de estar a mi lado.

Al decir la Virtud estas palabras la joven se quedó profundamente dormida, y al despertar se encontró tendida en tierra en un depoblado.

Quiso llamar, pero no pudo articular una sola palabra.

El tronco hueco de un árbol le sirvió de albergue; en él se cobijaba durante la noche.

Pasaba una vida miserable, y al acordarse de la deliciosa vida que había llevado al lado de la Virtud y de sus juegos, lloraba amargamente. Su alimento consistía en algunas raíces y hierbas.

Gastáronse, al fin, sus vestidos y se le cayeron a pedazos.

Mucho tiempo estuvo en aquel estado, padeciendo los mayores sufrimientos.

Un día de primavera cazaba el rey del país por aquel bosque y perseguía a un corzo; el animal se refugió en la espesura que rodeaba al viejo árbol hueco; el rey bajó del caballo, separó las ramas y se abrió paso con la espada.

Cuando hubo logrado penetrar en aquel laberinto, vio sentada debajo del árbol a una joven maravillosamente hermosa.





La miró con asombro y le dijo:

—¿Cómo has venido a este desierto?

Ella no le contestó, pues desde que cometió el pecado de mentir, por el que la arrojó de su lado la Virtud, se había quedado muda.

El rey añadió, sin embargo:

—¿Quieres venir conmigo a mi palacio?

La joven le contestó afirmativamente con la cabeza.

El rey la tomó en sus brazos, la subió en su caballo y se la llevó.

En palacio le dió vestidos, y aun cuando observó que no podía hablar, era tan bella y graciosa, que el rey, profundamente enamorado, la hizo su esposa.

Al cabo de un año la reina tuvo un hijo.

Una noche, estando la reina en su cama, se le apareció la Virtud y le dijo:

—Si quieres decir, al fin, la verdad y confesar que abriste la puerta prohibida, te volveré la palabra; pero si insistes en mentir me llevaré a tu hijo recién nacido y tú seguirás muda.

Entonces pudo hablar la reina y exclamó:

—¡No, no he abierto la puerta!

La Virtud se dirigió a la cuna del recién nacido, lo tomó en sus brazos y desapareció.

A la mañana siguiente no encontraron al niño, y se esparció el rumor entre la servidumbre de palacio de que la reina era una infame hechicera que había matado a su hijo.

Todo lo oía la reina sin poder contestar una palabra; pero el rey amaba a la reina con demasiada ternura para creer lo que se decía de ella.

Pasó otro año; la reina tuvo otro hijo; la Virtud se le apareció de nuevo por la noche y le dijo lo mismo que la otra vez; pero la reina negó obstinadamente que hubiera abierto la puerta.

La Virtud cogió al segundo hijo en los brazos y se lo llevó a su morada.

Por la mañana, cuando se hizo público que el niño había desaparecido como el anterior, los consejeros del rey pidieron que se procesase a la reina;

pero el rey la amaba tanto, que no quiso darles crédito, y ordenó que no se volviese a hablar de este asunto.

Al año tercero la reina tuvo una hermosa niña, y la Virtud volvió a presentarse a ella durante la noche y le dijo.

—Sígueme.

La cogió de la mano, lo llevó a su palacio y le enseñó a sus hijos, que esta-

ban jugando. Se sonrieron al ver a su madre y le hicieron mil caricias; y como ésta se alegrara mucho de verlos, le dijo la Virtud:

—Si confiesas ahora que has abierto la puerta prohibida, te devuelvo a tus dos hermosos hijos.

La reina contestó por tercera vez:

—No, no he abierto la puerta.

La Virtud la bajó a su cama y le quitó su tercera hija.

A la mañana siguiente todos los cortesanos decían a una voz:

—La reina es antropófaga; hay que condenarla a muerte.

El rey tuvo en esta ocasión que seguir el parecer de sus consejeros; la reina fué condenada a morir en una hoguera. Estaba ya dispuesta la pira, atada la víctima al palo, y la llama comenzaba a rodearla, cuando se derritió el hielo de su orgullo y su corazón fué tocado de arrepentimiento.

—Si pudiera —pensó entre sí— confesar antes de morir que he abierto la puerta...

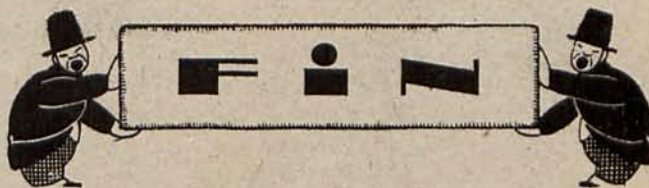
Entonces volvió a recobrar la voz y dijo:

—Sí; abrí la puerta. Mi orgullo, como una venda puesta en los ojos de mi alma, los cegaba para no dejarles ver los beneficios que debía a mi protectora la Virtud. Ahora que veo claro, y arrepentida de mentir, pido perdón para que pueda morir tranquila y con mi conciencia limpia del pecado que me ha arrastrado hasta aquí.

Al decir esto estalló una violenta lluvia que apagó la hoguera y apareció la Virtud, llevando a sus lados los dos niños y en brazos la niña recién nacida, y dijo a la reina con acento lleno de bondad:

Todo el que se arrepiente y confiesa su pecado, alcanza el perdón.

Le entregó sus hijos, le devolvió el uso de la palabra y la hizo feliz por el resto de su vida.





¿QUÉ QUIERES SABER HOY?



—Dime, mi curioso Chonón, ¿qué quieres saber hoy?
—Hoy quiero saber por qué cuando nos tiran del pelo nos duele tanto, y, en cambio, cuando nos lo cortan no sentimos el menor dolor.

—¿Sientes algún dolor cuando te cortas la uñas?

—Ninguno.

—¿Y si te cortas un trocito de piel que está casi desprendido?

—Tampoco. No siento absolutamente nada.

—Pues todo obedece a una misma causa. Cuando sentimos un dolor es porque ha tocado o lastimado alguna fibra nerviosa, y ésta, al sentirse molesta, transmite la impresión desagradable al cerebro como prudente aviso para que cese la causa de la molestia. Una mano puesta sobre el fuego se nos abrasaría si el dolor no nos la hiciese retirar en seguida. Cuando pisamos un cristal con el pie desnudo no nos daríamos cuenta de que nos cortábamos si el dolor no nos enviase un aviso al cerebro.

—Por eso el dolor, aun siendo de impresión muy desagradable, es necesario a nuestra vida. De muchos males ocultos en el interior de nuestro cuerpo nos enteramos la sensación del dolor y sirve de guía al médico para señalar con exactitud la parte donde radica la dolencia, y así puede atacársele directamente. Por eso son más peligrosas esas enfermedades que van minando lenta y silenciosamente el organismo sin dar señales de dolor alguno.

—Me hago cargo perfectamente, mi querido buho. Pero yo también creo que si no tuviésemos dolores no tendríamos necesidad de curarnos nada. ¿No te parece?

—No puedo estar conforme contigo, Chononcito. En cuanto existe un mal, es necesario saber que existe para atajarlo. El dolor es sólo una consecuencia del propio mal; es un efecto de éste, y para que desaparezca es preciso antes anular la causa. Si el dolor no existe, puede, en cambio, subsistir el mal y hacernos sufrir todas sus consecuencias.

—Es verdad. Pero no olvides mi pregunta: ¿Por qué no nos duele el pelo cuando nos lo cortamos?

—Porque el pelo carece de nervios, lo mismo que la piel y que las uñas, y aunque lo cortemos no herimos a parte alguna sensible.

—Entonces, ¿por qué nos duele cuando nos lo arrancamos? ¿Por qué nos duelen también las uñas si tiramos de ellas con fuerza? ¿Por qué si tiramos de nuestra piel sentimos una fuerte sensación de dolor?

—Porque el pelo, las uñas y la piel están sujetos o prendidos a un tejido de nuestro cuerpo que está cruzado por infinidad de fibrillas nerviosas, y éstas, al sentirse estiradas, comprimidas o heridas, transmiten su queja a otros nervios más importantes, éstos, a su vez, a los centros nerviosos, y de aquí al cerebro, que es donde la sensación se traduce en dolor. La raíz del cabello es la parte que pudiéramos llamar viva, y no se la puede mortificar sin sentir en seguida la molestia del dolor. En nuestro cuerpo hay muchas zonas que por hallarse desprovistas de tejido nervioso son insensibles.

—Ahora me explico por qué antes de hacer una operación es preciso adormecer al enfermo por medio del cloroformo.

—El cloroformo adormece el cerebro y le hace insensible a todas las quejas que le transmitan los nervios. Hay otro procedimiento para hacer que el dolor no se note, y consiste en insensibilizar solamente la parte que va a ser operada, y de esta forma, aunque el cerebro conserve toda su lucidez, no llegan a él sensaciones dolorosas, porque los nervios que habían de transmitir las están aletargados por los efectos del anestésico.

—Me has hecho que forme de los nervios la impresión de que son pequeños timbres de alarma distribuido por el cuerpo. Cuando ellos avisan, es que algo pasa.

—No está mal la comparación, Chononcito. Lo peor es que no avisen cuando ocurre algo.

—Sin embargo, yo estoy tranquilo porque no me duele nada. Soy completamente feliz.

—Y yo también. No tengo dolor ninguno. ¿Quién piensa en eso?

—Tienes razón. Pensemos en pasarlo bien y nada más.

ULTIMOS TOMOS DE LA SERIE PINOCHO CONTRA CHAPETE

Pinochistar:
¿Teneis todos los últimos tomos de mis incomparables aventuras y las de "Chapete que, ahora que no nos oye hay que decirlo: es malo, pero listo como siete?"
Aquí os doy la lista de los últimos publicados por si os falta alguno.
Vuestro incondicional

Pinocho

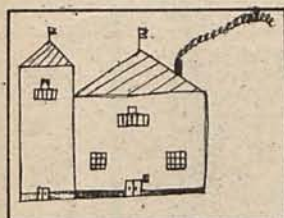
Chapete va por lana...
Pinocho en el planeta Marte.
Chapete el escarabajo.
Pinocho en la isla de Mentirijillas.
Los tres desmayos de Chapete.
Chapete, bandolero.
Pinocho y el Príncipe bueno.
Chapete y el Príncipe malo.
Pinocho se hace Pelicano.
Pinocho en el centro de la Tierra.
Chapete en la isla de los animales.
Pinocho y los tres pelos del mago Filomen.

Cada tomo 1,50 ptas. en todas las librerías y en la
EDITORIAL «SATURNINO CALLEJA», S. A.
Calle de Valencia, 28.—Madrid.

COLABORACIÓN PINOCHISTA

DEL MES DE OCTUBRE

Todos los Pinochistas pueden enviarnos dibujos e historietas para publicarlos en esta sección; pero es condición indispensable que cada trabajo venga acompañado de su cupón correspondiente. Todos los meses se conceden importantes premios a los mejores trabajos publicados.



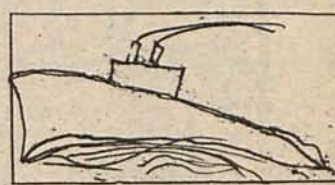
La casa de Pinocho.
SALVADOR PÉREZ RIVAS.



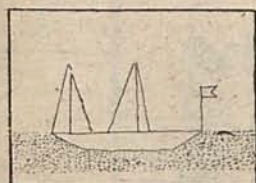
Uzcudun.
JESUSA MORALES.



Don Turu.
TRINIDAD DE PABLOS.



El crucero sin nombre.
FRANCISCO GONZÁLEZ.



En alta mar.
LUIS GONZÁLEZ.



La Vizcaina.
ANTONIO GARCÍA.



Casa de Pinocho.
JAIME VILLALEA.



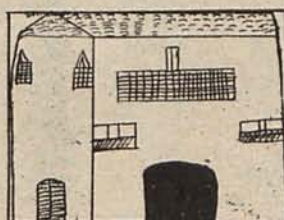
De paseo.
ELISA OTERO.



Pirata.
MANUEL A. SOTOMAYOR.



Mi botones.
M. C.



La casa de Pinocho.
PACO RUANO.



Paulino.
SALVADOR.



Escudo de Vizcaya.
J. ANTONIO URGOTIA.



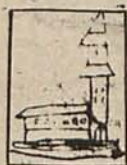
Un indio.
DANIEL ORTIZ.



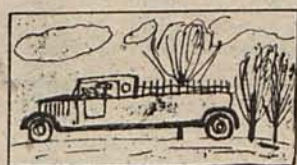
Aldeana.
ROSARIO LOSADA.



Regando las macetas.
C. VALDEPEÑAS.



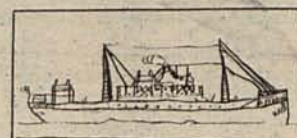
Una iglesia.
SEBASTIÁN H.



Pinocho, a 100 por hora.
DANIEL PEREGRÍN.



Uzcudun.
D. P.



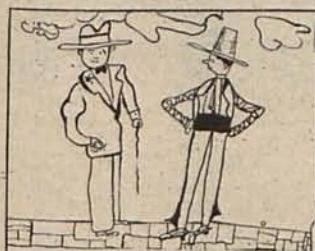
El «Alfonso XIII».
MANOLÍN PÉREZ.



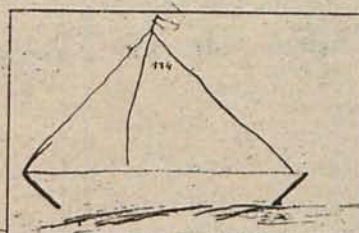
Mi tía.
ESPERANZA BEBORA.



Un bote.
FELO GARCÍA CONDE.



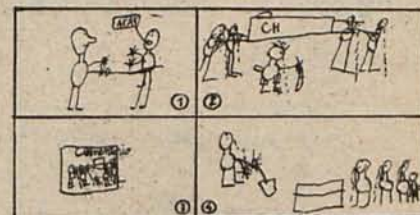
—Oye, niño; si en las iglesias de tu pueblo hay pulpitos, también en el mar del mío hay pulpitos.
NICOLÁS MENÉNDEZ.



Un balandro.
JUANITO DE LA SERNA.



Un perfil.
VICTORIA LÓPEZ.



La muerte y el entierro de Chapete.
JOSÉ M.ª A. CASCOS.



Pelicano.
PURA GRIFOLL.



Lucio.
A. BENAYAS.



Un legionario.
JUAN DE SAN ROMÁN



De paseo.
R. LOSADA.



Mi gato.
LUISA TEJEDOR.



Marina.
SALVADOR.



¡No se rían!
RICARDO ISASI.



Don Turu.
RAFAEL RAYA.

CONCURSO DE PROBLEMAS Y PASATIEMPOS DEL MES DE OCTUBRE

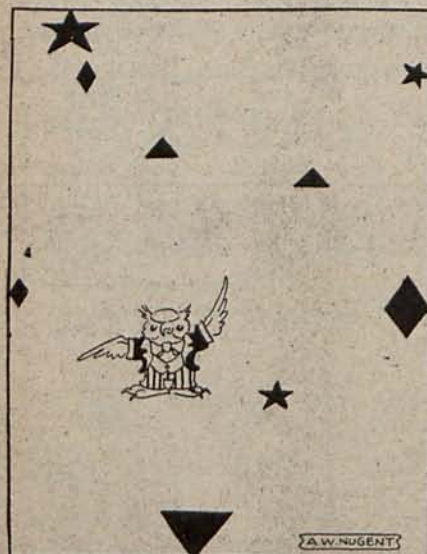
(Pueden tomar parte en este CONCURSO todos los Pinochistas. El Jurado adjudicará los premios y accésits con diploma entre los Pinochistas que nos remitan mayor y mejor número de soluciones.)

EL BULL-DOG RABIOSO



No creáis que la rabia de este perro es peligrosa. Se trata simplemente de un mal humor rabioso que se le pasará en cuanto encuentre a tres conejitos que están escondidos en la enramada y que, los muy traviosos, le han tirado un bote de tomates vacío, y ya veis cómo le han puesto el ojo. ¿Por qué no le ayudáis a buscar a los pícaros conejos?

EL BUHO INGENIERO

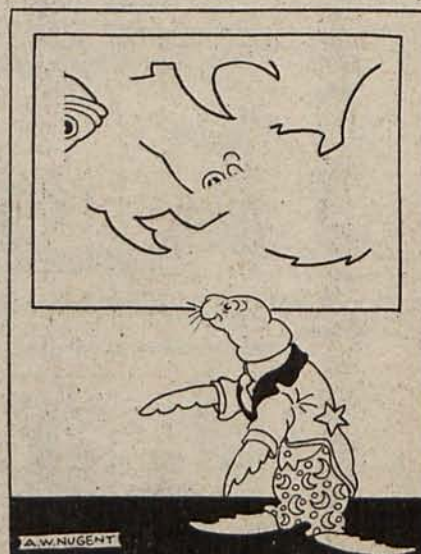


El sabio buho ha de construir tres caminos. Uno que, partiendo de una estrella, vaya a las otras dos. Otro que, partiendo de un rombo, vaya a los otros dos. Y otro que, desde un triángulo, vaya a los otros dos. Pero los caminos no han de cruzarse, y la estrella, el rombo y el triángulo mayores han de quedar en medio de cada camino.

EL PEZ MISTERIOSO

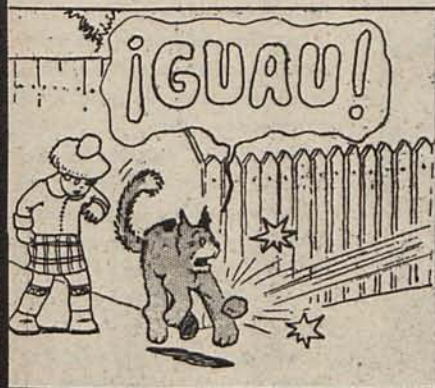
Esta foca se ha vestido de etiqueta para trabajar en el circo. Había dibujado en el lienzo un hermoso pescado, pero por arte de birlibirloque, este pez se ha roto en varios pedazos.

¿Sabréis vosotros unir los trozos y reconstruirlo?



ANITA

BUEN- CORAZON



SECCIÓN PIRULA

CHARLAS DE PIRULA... BORDADORA

PIRULA, DECORADORA



Golondrinas y otros pajarillos. — Decidme, Pirulindas, ¿os gustan los acertijos? Pues ahí va uno; pero os advierto que es bastante malo:

«¿De dónde vienen las golondrinas?» «Las golondrinas vienen de «Tubal», según el verso de Bécquer, que dice:

Volverán las oscuras golondrinas
de tubal con sus nidos a colgar.

Seguramente el pobre Gustavo Adolfo Bécquer, que fué, como sabéis, un gran poeta sevillano del siglo pasado, no sospecharía que con uno de sus más bellos versos se iba a hacer un día un acertijo tan malo.

Y ahora, a propósito de las golondrinas, ¿sabéis que este pájaro, que nos es tan simpático, entre otras razones porque su llegada coincide con la primavera, es de una voracidad extraordinaria?

Asusta pensar la cantidad de insectos que se comen las golondrinas.

Un matrimonio de golondrinas se pasa dieciséis horas diarias buscando insectos, sobre todo moscas, para llevárselos a su progenie.

Y entre los que les llevan a sus hijitos para que se alimenten y los que se comen por su propia cuenta el señor y la señora golondrina, esta graciosa familia destruye diariamente más de siete mil insectos.

Suponiendo que se instalen en un pueblo tan sólo cien golondrinas, en un verano habrán destruido cincuenta y siete millones de insectos. Asusta el número y conforta a la vez, porque como esos insectos son nocivos para la agricultura, resulta que si no se los comieran las golondrinas, ellos se comerían el trigo y demás cereales... y nos quedaríamos sin harina, o sea sin pan.

¡Poco agradecimiento les debemos a las golondrinas! Como que para honrarlas se me había ocurrido ofrecerles su retrato; pero me he equivocado en el dibujo, y en lugar de golondrinas me han salido una especie de canarios.

Pero están tan monos en su rama y contemplando el revoloteo de una mariposa, que seguramente os agrada reproducirlos bordados a punto de pespunte y al pasado en un delantalito de *toile* o de organdi, en un almohadón o en una mantelería.



Una bolsa práctica.—¡Ay! Nievitas, cómo se va a incomodar mamá, y con razón, cuando vea que al llegar de clase has tirado uno de tus guantes encima de la mesa y el otro ha ido a parar a un rincón del cuarto; tus cuernos, sobre una silla; tu labor, sobre la mesita de noche, y tu pulsera, —tu preciosa cadena de oro—, ¡en un florero!

Ya ves cuántas catástrofes has hecho en un momento.

Para que Nieves —ni las demás Pirulindas tampoco— no vuelva a estar tentada por el diablillo del desorden, he ideado una especie de bolsa, en la cual podéis echar las diversas menudencias que acostumbráis a perder diez veces al día.

Para su confección podéis utilizar cualquier tejido: un retalito de seda estampada o un trozo de cretona florida.

Las dimensiones de la tela serán de treinta a treinta y cinco centímetros de alto por ochenta de ancho.

Para forro necesitaréis un trozo de batista o de satén.

Con un alambre o latón fuerte se forma un aro rígido, que se cubre con un biés de guatína, cubierto a su vez con un galón.

La tela se pega alrededor del aro, se forra y se frunce en su

parte inferior. El remate de estos frunces se disimula con un grueso borlón.

Esta especie de bolsa se cuelga en cualquier parte de la habitación, del respaldo de una silla, del ángulo de un mueble, de un clavo de la pared, con un grueso cordón.

Si la tela empleada es de brocado, el cordón y el borlón serán dorados o plateados; y asimismo puede rodearse el arco de la boca con un volante de encaje de metal.

Esta combinación resultará muy a propósito si, por ejemplo, confeccionáis esta bolsa para regalársela a mamá para su cuarto.

Pero para una alcoba «pirulesca» prefiero las telas modestas, los colores vivos y los dibujos alegres; la seda, la vuela o la cretona estampada harán juego con un cordón de algodón de un tono igual al del fondo de la tela o a su dibujo principal.

El borlón entonces puede ser de gruesas cuentas de madera.

